

Emiliano Mejía De la pintura y la fotografía a los remedios para los callos

Santiago Londoño Vélez

La primera exposición de arte que conoció Medellín se inauguró el 20 de julio de 1892. Fue presentada en la casaquinta de don Juan Uribe, habitada en ese momento por el belga Luis Vacke y el alemán Juan Jaedicke. El joven Francisco Antonio Cano (1865-1935) dirigió una carta al director de *El Espectador* en la que aseguró que los participantes, treinta hombres y veinticinco mujeres, eran autores de más de 150 obras, entre ellas “varias originales”. Según Cano, los expositores no buscaban “conquistar nombre o remuneración de alguna especie”, sino demostrarles a los medellinenses que “no somos hombres inútiles entre ellos y que a nuestro modo trabajamos por el engrandecimiento de nuestro suelo” (citado por Londoño, 1989: 113). Demostrar ser útil a una sociedad utilitarista, marcada por el comercio, la minería y la gestación incipiente del futuro desarrollo industrial, no era un empeño menor.

Los organizadores de la muestra fueron el escritor Samuel Velázquez y el pintor y fotógrafo Emiliano Mejía. Emiliano, nacido en Medellín



Emiliano Mejía en París, ca. 1879, por Bureau Frères. Sala Patrimonial, Biblioteca Eafit.

en 1864, fue el primogénito de los once hijos que tuvieron la matrona antioqueña Candelaria Restrepo Maya (1842-1915), conocida como “Candelita”, y José Joaquín Mejía Londoño (1840-1915). La Sala Patrimonial de Eafit conserva una tarjeta de visita, debida a Wills y Restrepo, en la que aparece retratado con uno de sus hermanos; aunque son niños menores de edad, visten como adultos en miniatura, según la costumbre de la época.

Regresar y emprender (siempre lleno de ilusiones)

En 1879, a los quince años, Emiliano viajó a París a estudiar pintura y fotografía. Se conserva una tarjeta de visita tomada en el estudio de Bureau Hermanos, enviada a su familia en Medellín, que muestra el retrato del busto del joven y elegante estudiante. Regresó a Medellín en 1882, seguramente lleno de sueños e ilusiones.

Abrió un estudio de pintura y fotografía en un local contiguo a la residencia de sus padres, sobre la calle Pichincha, en el centro de Medellín. Para dar a conocer sus servicios, publicó diversos anuncios en la prensa local. En uno de los primeros, fechado el 5 de octubre de 1882, se lee:

“Me hago cargo de obras que se dignen confiarme de fotografía, de dibujo a lápiz y a la pluma, de pintura al óleo, al temple y al pastel, de fotografía vitrificada comúnmente llamada cristaloterapia, y de iluminación. En mi establecimiento encontrarán los que quieran visitarlo, trabajos diversos relativos a cada uno de estos ramos, ejecutados los unos al terminar mis estudios en Europa, y los otros al regresar al país: ellos servirán al mismo tiempo, para que formen juicio al respecto a la manera cómo desempeñará las obras que se me haga el honor de confiarme. Ofrezco igualmente para los retratos de distintas dimensiones que puedo hacer, marcos variados, de gusto, a

precios módicos. Horas de despacho: de 8 a 10 de la mañana, de 11 a 3 de la tarde y de 4 a 5 de la misma. Las horas más propicias para el buen éxito en los retratos son las intermedias entre las 10 de la mañana y las tres de la tarde. En el establecimiento habrá un cuadro detallado que indique el precio fijo de mis trabajos” (citado por Londoño, 2009: 104).

Diversificar el negocio: de las artes a los prodigios para callos

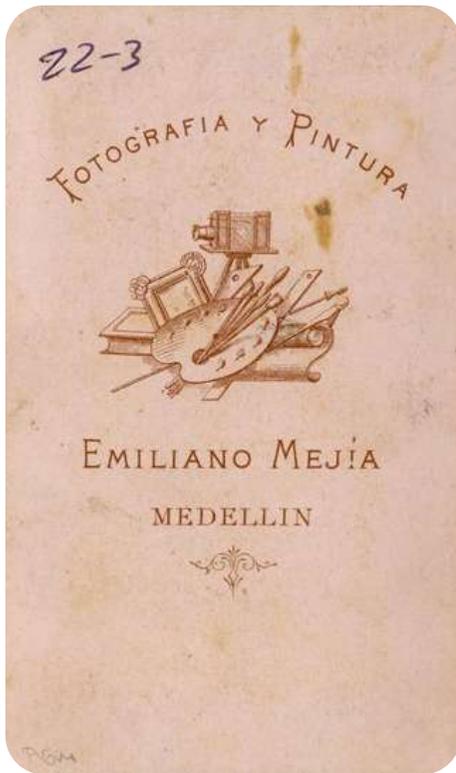
En los siguientes años, Mejía diversificó sus actividades: ofreció clases de fotografía, dibujo, pintura, caligrafía y francés, tanto en su establecimiento como a domicilio; distribuyó sustancias químicas y materiales para laboratorio, y ofreció en venta reproducciones de imágenes religiosas. Entre sus alumnos más destacados cabe mencionar a Benjamín de la Calle y a Rafael Mesa. Este fue, probablemente, su mayor aporte a la fotografía en Antioquia. En 1887 emprendió la fabricación de espejos, seguramente aprovechando las sales de plata que empleaba en el taller fotográfico, y promovió “un eficaz remedio para curar los callos sin dolor”, prodigio que anunciaba a la par con sus demás servicios, en la prensa escrita de la ciudad.

Pasada la exposición de 1892, donde Emiliano exhibió retratos a lápiz, pues probablemente no se atrevió a competir con las fotografías con las que participaron colegas de mayor



Emiliano Mejía y Tulio Mejía, por Wills y Restrepo. Sala Patrimonial, Biblioteca Eafit.

calado, como Gonzalo Gaviria y Rodríguez y Jaramillo, persistió pocos años más en su actividad como pintor, fotógrafo y comerciante. Como anotó sin contemplaciones el anónimo primer cronista de la fotografía en Antioquia, “el público no acogió con entusiasmo los trabajos que produjo, ni ellos lo merecían” (citado por Londoño, 2009: 107). No estaba muy equivocado este observador, pues al comparar hoy imágenes suyas con las de otros fotógrafos de la época, se aprecian como de inferior calidad técnica en cuanto a los procesos



Respaldo de tarjeta de visita de Emiliano Mejía. Sala Patrimonial, Biblioteca Eafit.

de revelado y fijación. La fotografía fue un emprendimiento que, con su magia novedosa y posibilidades comerciales, atrajo a muchos en la segunda mitad del siglo XIX en Antioquia. Pero fueron pocos quienes lograron salir adelante, en medio de una fuerte competencia entre fotógrafos locales y extranjeros que probaron suerte.

Queda un bodegón con claveles

Emiliano Mejía se había casado en 1887 con Paulina Uribe del Valle en la Iglesia de la Veracruz; tuvo que solicitar dispensa por cuarto grado

de consanguinidad y engendraron seis hijos: Lino (1888-1952); Daniel (1891-¿?); María Ester (1892-1981), quien se dedicó a cuidar a sus padres; Rafael (1896-1965); Federico (1897-1970), y Jesús (Gallo, 172-181). De su esforzado empeño con la fotografía han sobrevivido unos pocos ejemplos, y de su trabajo como pintor, hasta ahora solo se ha identificado un bodegón con claveles, pintado al óleo hacia 1914, cuadro que regaló a su sobrina Margarita Escobar Mejía (1891-1984) con motivo de su matrimonio con Guillermo Vélez Pérez (1888-1957). Se trata de un bodegón de formato vertical, en el que un florero de cristal con un ramo de claveles está antepuesto a un jarrón, ambos ricamente decorados. Algunos claveles se han caído como por casualidad. De ejecución correcta y buen color, este bodegón parece hacer eco del aprendizaje cursado en Francia, y, acaso, de algunas enseñanzas de Cano, verdadero maestro de los bodegones de flores. Si el mismo Cano, con su gran talento, apenas sobrevivió en Medellín con sus pinturas, y para la fecha de este cuadro ya había emigrado a Bogotá en busca de un mejor vivir, muy difícil habría sido para Emiliano sostener a su familia con su arte y el almacén de variedades. Finalmente, la realidad se impuso. Abandonó la ilusión juvenil que lo había llevado a París siendo un adolescente. Subsistió como profesor de francés en la Universidad de Antioquia, donde las

malas lenguas lo apodaron “chimbuto de oro”, por el color de su cabello y su baja estatura. Falleció en Medellín en 1937, a los 73 años, y su esposa le sobreviviría hasta 1956.

Referencias

- Gallo Martínez, Luis Álvaro (1999). *Don Marceliano Restrepo Restrepo. Su vida y su descendencia*. Bogotá, Litografía Hecraval.
- Londoño V. Santiago (2009). *Testigo ocular. La fotografía en Antioquia, 1848-1950*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia-Biblioteca Pública Piloto.
- Londoño V. Santiago (2019). *La Casa de Sabaneta. Memoria de la familia Vélez Escobar*. Medellín, Artes y Letras.
- Londoño V., Santiago (1989). *Historia de la pintura y el grabado en Antioquia*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.



Emiliano Mejía. *Bodegón con claveles*, 63 x 38 cm, ca. 1914, colección particular, Medellín.
Foto: Carlos Tobón.

Santiago Londoño Vélez, Investigador. Entre sus libros publicados se encuentran: *Historia de la pintura y el grabado en Antioquia* (1996); *Débora Arango, vida de pintora* (1997); *3.500 años de historia* (2001); *Vida y obra de Francisco Antonio Cano* (2002); *Botero, la invención de una estética* (2003); *La fotografía en Antioquia: 1848 – 1950* (2009); *Pintura en América Hispana* (tres tomos, 2012); *Gregorio Cuartas* (2015) y *La casa de Sabaneta. Memoria de la familia Vélez Escobar* (2019).